

- [1993]. *Territorios en crisis. México 1970-1992*, México, Red Nacional de Investigación Urbana y Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- [1995]. "Privatización de la infraestructura y los servicios públicos: sus contradicciones", en *Argumentos*, núm. 21, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.
- [1995]. "Regiones y ciudades en el Plan Nacional de Desarrollo 1995-2000", en *Coyuntura*, núm. 64, México.
- Scott, Allen J. [1992]. "La economía metropolitana: organización industrial y crecimiento urbano", en Georges Benko, y Alain Lipietz (comps.), *op. cit.*

EL ANÁLISIS REGIONAL: POSMODERNIDAD VERSUS DIFERENCIA

Blanca Rebeca Ramirez Velázquez*

PRESENTACIÓN

La teoría económica y social contemporánea está llena de paradojas; prolifera entre ellas la necesidad de incursionar con mayor profundidad en el estudio de las regiones que presentan los países haciendo a un lado la generalización y la homogeneidad que caracterizó las posiciones de las décadas anteriores.

La *diferencia* aparece como un elemento clave para comprender las características que le son propias. Sin embargo, para adentrarnos en la profundización metodológica del cómo entender las regiones a partir de sus diferencias requiere, en primer lugar, deslindarse de las posiciones que las estudian en sí mismas, como el posmodernismo, y segundo desglosar las deficiencias teóricas que esta metodología presenta.

El objetivo del presente trabajo es exponer cómo la perspectiva posmoderna se adentra en el análisis regional a partir del estudio de las diferencias, con el fin de reivindicar la necesidad de enmarcarlas en el análisis del proceso capitalista que aún predomina en el mundo contemporáneo, y que le da un contexto general al desarrollo de las regiones en el plano de lo local.

INTRODUCCIÓN

La crisis y los cambios estructurales que se han presentado en el capitalismo ubican al mundo, y a los intelectuales que nos encargamos de estudiarlo, en una nueva época en donde

* Profesora investigadora del Departamento de Teoría y Análisis de la División de Ciencias y Artes para el Diseño de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

los paradigmas se convulsionan y se reestructuran las formas mediante las cuales tratamos de entenderlo. A este periodo reciente se le denomina de diversas maneras: posfordismo para quienes se ubican en los cambios en el proceso de trabajo; posmodernismo para quienes hablan de la necesidad de una nueva época que termine con las promesas de cambio, de desarrollo y de bienestar que no fueron cumplidas por el modernismo [Lyotard, 1991]. o capitalismo tardío [Jameson, 1984] para quienes lo ven como una fase última del momento en que vivimos.

Más que pensar en nuevas teorías nos encontramos ante perspectivas alternas que permiten interpretar la realidad contemporánea bajo supuestos teóricos diversos, para los cuales el tiempo actual implica la reordenación de los espacios en donde los procesos se llevan a cabo y por lo tanto una expectativa en donde el hombre es el sujeto de su propia existencia.

En esta readecuación de tiempos y espacios aparece el análisis de las regiones como uno de los temas que retoma nuevamente bríos en la expectativa de las modas contemporáneas. La generalidad que caracterizó a las posturas de las épocas anteriores se torna un metarelato que supeditó el análisis territorial a los dictados del capital en general y a las desigualdades que surgieron entre los países, para priorizar en la actualidad la necesidad de aprehenderlas desde su particularidad y concreción específicas.

Parecería que en lo territorial se readequan las escalas de análisis, priorizando la importancia de lo micro y negando, en ocasiones, la escala macro como una parte importante de la dinámica propia que adoptan las regiones, y destacando las diferencias sobre la homogeneidad que prevaleció en los tiempos pasados de la modernidad.

En la comprensión del movimiento del capital ha imperado la generación de diferencias. Sin embargo, éstas tenían una importancia secundaria y el análisis se priorizó desde la perspectiva de la dinámica del capital en general: las grandes diversidades entre los recursos naturales, entre los países, entre las regiones y entre las sociedades. Por su parte, el análisis de las diferencias se centró en el estudio de los elementos que las hacen homogéneas como eje central que las caracterizaba.

En este caso, la diferencia fue considerada como un elemento más de la constitución de la igualdad territorial, sin que en sí misma se constituya como eje de articulación con los contrastes que se generan en el devenir de los procesos que las conforman.

En la actualidad, las diferencias que se originan en las regiones tanto en lo económico y en lo político como en lo social, constituyen el objeto mismo de la investigación regional. Cada día interesa más entender la particularidad de la nueva industrialización, de la terciarización, del género, de las etnias o de los grupos marginados como elementos clave de la definición de los espacios que ocupan, que preocuparse por la interrelación que existe entre sus territorios y la interconexión con los procesos que caracterizan la evolución propia de las regiones.

Es el posmodernismo el paradigma que pone en la punta de lanza el análisis de las diferencias territoriales [Berg, 1993: 494; Cloke y Sadler, 1991: 171] como uno de los ejes centrales que intentan romper con los metarrelatos y las metateorías que el modernismo construyó para sustentar la generalidad de la homogeneidad territorial. Es en la geografía en donde impacta mayormente el quehacer de los investigadores y docentes interesados en entender estos procesos, en la medida que es una metodología [Bird, 1993: 223] que prioriza el análisis del espacio como elemento clave para la comprensión de los acontecimientos o de los objetos que intenta interpretar.

Este documento es una primera reflexión que lleva a plantear cómo incursionar en el análisis de las diferencias regionales, desde la perspectiva de la particularidad de los territorios y de los procesos que generan su dinámica y sus cambios. Para ello, es necesario deslindarse de las posiciones posmodernas que prevalecen, en donde a pesar de coincidir en la necesidad de ubicarnos en la particularidad como elemento clave para generar nuevas formas de aproximarse al conocimiento de los procesos regionales, mantenemos divergencias de fondo que requieren ser contextualizadas dentro de las posiciones que ya se discuten ampliamente entre los intelectuales contemporáneos. Así, el contexto del presente trabajo es mantener una posición clara para seguir reflexionando sobre la dinámica propia del capital, sus particularidades y las diferencias que adopta en el territorio.

POSMODERNIDAD Y DIFERENCIA

Intentar definir la posmodernidad es una tarea ardua y por demás complicada que queda fuera de los alcances del presente ensayo. Bástenos decir que existen muy variadas posiciones entre sus seguidores, desde los que la erigen como una ruptura con lo moderno

como aquello que alega lo impresentable en lo moderno y en la presentación misma; aquello que se niega a la consoliación de las formas bellas, al consenso de un gusto que permitiría experimentar en común la nostalgia de lo imposible; aquello que se indaga por presentaciones nuevas, no para gozar de ellas sino para hacer sentir mejor que hay algo que es impresentable [Lyotard, 1991: 25].

o bien quien la define como "una concepción que permite la presencia y la coexistencia de rangos muy diferentes de formas subordinadas" [Jamesson, 1984: 56].

Hay sin embargo también quien identifica la posmodernidad a través de un objeto de estudio complejo en donde interactúan procesos económicos, sociales, políticos y culturales en el mundo del final de siglo XX mediante el estudio de actitudes y objetos [Ciojke, Philo y Sadler, 1991: 171], o quienes sugieren que algunos investigadores, en especial los geógrafos, caen en un continuo de posiciones que poco los diferencia [Berg, 1993: 491]. De esta manera existirían algunos posmodernismos que se acercan al modernismo (el de Harvey y el de Curry, por ejemplo), a pesar de que en algunas posiciones se contrapongan entre los autores (*ibid.*).

Pero existen además quienes la entienden como un conjunto de métodos y de técnicas con las cuales se interpretan discursos, lenguajes, representaciones y acontecimientos [Curry, 1991: 220]; para ello, al igual que algunos autores ya mencionados, se centran en el análisis del discurso y no en el de los objetos o procesos como una manera de adentrarse en la profundización del quehacer de los sujetos. Es el posmodernismo el que los homogeneiza a todos en un deseo firme de cambio y progreso en relación con los paradigmas de la modernidad inconclusa que no resolvió las desigualdades que existen entre los territorios y los autores.

Esta aparente indefinición se complica aún más si consideramos que una de las principales características que se presenta en el posmodernismo es el eclecticismo en la exposición de sus seguidores; dependiendo del autor y de la forma en que se marque frente al conocimiento, mezclan diferentes paradigmas para explicar la realidad contemporánea. Harvey, por ejemplo, utiliza algunos elementos del regulacionismo para explicar el paso del modernismo al posmodernismo, definiéndolo como una fase de compresión espacio-temporal del mundo que influye en transformaciones importantes de la acción social [Harvey, 1989], o como Soja, quien lo ve como una forma de construir un materialismo histórico-espacial, rescatando la importancia del marxismo en la comprensión de los territorios [Soja, 1993: 60].

Parecería entonces que en su afán de crear un método y no una teoría del conocimiento que permita establecer generalidades o leyes universales, éstas, es decir las teorías, pudieran adaptarse a los requerimientos individuales tanto del investigador el cual se adentra en el conocimiento como del objeto o acontecimiento que se va a aprehender. Con esto se pierde el rigor lógico de los planteamientos teóricos estructurados que las teorías, tanto las radicales como el marxismo o las postivistas, reivindicaban.

A pesar de las múltiples divergencias existen puntos de confluencia que son importantes a considerar; uno de ellos, y quizá el principal, es que todos coinciden en la importancia que tiene en la actualidad el abandono de la generalidad territorial para ubicarse en el estudio de sus diferencias, llegando en ocasiones a marcarlo como objeto mismo el análisis posmoderno, o en su caso como uno de los seis "sujetos de conversación" del posmodernismo.¹

Sin embargo, consideramos que a pesar de las múltiples variantes que en su interior se presentan, se puede afirmar que en general existen en el posmodernismo cuando menos tres problemas fundamentales que limitan la posibilidad de enten-

¹Flax [1990] menciona que son seis los sujetos de conversación del posmodernismo: 1] la cultura occidental contemporánea. 2] el conocimiento; 3] la filosofía; 4] el poder; 5] la subjetividad y el yo, y 6] la diferencia [citado por Berg, 1993: 494].

der la diferencia como consecuencia de la instauración del capitalismo en la sociedad. En primer lugar, en este método de análisis se cuestiona en todo momento la existencia misma de elementos de continuidad que permiten entender mediante comportamientos pasados los procesos contemporáneos que el territorio adopta; de esta manera se niega el contexto y el proceso, es decir la historia y la forma como el territorio se redefine, por los diferentes momentos que particularizan el eje dinamizador del mismo, en sus diferentes escalas de articulación y acción [Ramírez, 1991 y 1995].

En segundo lugar, al homogeneizar en el mismo casillero tanto a la modernización capitalista como a la socialista y a la tercermundista, así como proyectos de la izquierda que de alguna manera se presentaron como formas alternas al modernismo capitalista imperante, mete en un mismo saco diversidades históricas que originaron formas específicas en el desarrollo de las sociedades que limita el conocimiento de las diferencias que intenta entender como objeto de estudio. Aquí queda incluido el discurso neoliberal que, para el posmodernismo, se equipara a un proyecto más del modernismo.

Tercero, al hacer hincapié en el sujeto y su cultura, en su acción social y colectiva del proceso productivo se niega la importancia de la confrontación entre las clases, misma que ha sido la parte motora de la dinámica del capitalismo contemporáneo y de la generación de las diferencias que en su interior se originan.

De múltiples maneras lo que está en discusión es, sin duda, los modelos de desarrollo que prometieron formas de crecimiento y de evolución de la sociedad que no han fructificado en la erradicación de las desigualdades que generaban y que la sociedad, a través de los cambios económicos sobre todo, promedió. Son éstas, las diferencias sociales, culturales y económicas, las que se intenta poner una vez más sobre la mesa de discusión, con el fin de ver si, insistiendo en su particularidad, su concreción y su manifestación discursiva y cultural, pueden ser convertidas en los discursos emancipatorios [Peet, s/f] de su misma marginación.

Pero también lo que se cuestiona es el uso o no de la teoría; el uso de un rigor lógico que supuestamente apoya al modernismo en cualquiera de sus formas y en donde hasta el marxis-

mo puede olvidarse de sus supuestos metodológicos y puede mezclarse con un discurso posmoderno, proponiendo una flexibilidad tal que se hace del eclecticismo la punta de lanza en la generación del conocimiento. Empecemos un poco el debate.

DE LA DECONSTRUCCIÓN AL PROCESO

El posmodernismo, como método de análisis de la realidad, elimina el énfasis que anteriormente predominaba en el estudio de las cosas u objetos del conocimiento (por eliminar la tan criticada categoría de fenómeno), para ponerlo en los discursos, los sujetos, las diferencias y los espacios en sí mismos. En su romper con los métodos anteriores quita de la escena la necesidad de comprender los procesos como motores de los cambios y las reestructuraciones políticas, económicas y sociales: ellos en sí mismos constituyen generalidades y metarrelatos universales con los que hay que acabar. Sin embargo, en este punto aún algunos de los geógrafos posmodernistas, posiblemente los más modernistas, caen en una contradicción con los postulados centrales del paradigma, en la medida que reivindican la necesidad de centrar el análisis en el proceso más que en los acontecimientos y las cosas. Así, Harvey afirma que: "[E]l enfoque está en los procesos, en lugar de estar en las cosas o en los acontecimientos" [Harvey, 1992: 23].

El problema radica en que se entendió la modernidad como un proceso (un tiempo) de crecimiento y de evolución que homogeneizaría a todos los territorios y a todos los sujetos sociales en un mismo resultado y en una misma dimensión, convirtiendo a la sociedad y al territorio en iguales. Falló a los investigadores, y aquí incluyo a los marxistas, la comprensión de la contradicción que, en el nivel de lo particular, también generaría en el desarrollo del capital tendencias múltiples que dependían de las condiciones propias de sus relaciones sociales y de la lucha de clases como fuerzas motoras del devenir de las sociedades.

En el afán de comprender el capital en general y su movimiento en el tiempo, se nos olvidó destacar que el mismo era contradictorio, y que mediante una concreción particular en el territorio y formando parte de los procesos de su generación

tendríamos que entenderlo como parte de una tendencia homogeneizante que llevando la contradicción llevaba a la conformación de diferencias sociales y territoriales, en múltiples ocasiones obviadas como parte fundamental de las regiones o de los grupos sociales (para eliminar la también criticada categoría de clase social) que conformaban.

Estas diferencias están marcadas no sólo por el desarrollo mismo del capitalismo modernizante en sociedades que terminaron con formas precapitalistas de producción, sino que en los países subdesarrollados, como México, sólo pueden entenderse a partir de la conjunción que tuvieron entre ellas como parte del desarrollo de la sociedad y la economía.

De esta manera, el entendimiento de las diferencias y la forma de articularse con las tendencias homogeneizantes del desarrollo capitalista no puede analizarse a partir de la deconstrucción o ruptura con lo antiguo que el posmodernismo postula, en la medida que aun en aquellas regiones que han experimentado la modernidad, sus formas económicas, políticas y culturales nuevas se articulan con las premodernas, dando como resultado espacios de diferenciación en la tendencia homogeneizadora que quisieron construir.

Es por ello por lo que, bajo condiciones nuevas del pensamiento y de la sociedad, es necesario volver a retomar elementos de teorías que con una lógica estructurada llevan a entender los cambios en el tiempo, en función de la realidad que se está viviendo en el mundo contemporáneo. La sustitución de categorías como la de modernidad, contrapuesta a la de posmodernidad, sólo ha confundido a los investigadores. Coincidiendo con Peet, se considera que para retomar el análisis específico de las diferencias territoriales en el capitalismo contemporáneo (aunque él también lo califica de posmoderno) es necesario volver a la categoría de capital: "un estudio de la contradicción en un sistema analítico que reemplaza la crítica categoría de 'modernismo' por la más discriminatoria, pero igualmente criticada categoría de 'capitalismo'" [Peet, s/f: 13].

Pero ¿cómo hacerlo sin caer una vez más en las generalidades tan criticadas? Volvemos a cuestiones de método, que necesariamente son también teóricas. Si por proceso entendemos la comprensión de la evolución o cambio que sufre el espacio apropiado, usado y/o mediado por la sociedad, es decir

el territorio como elemento de articulación entre la naturaleza y la sociedad. La pregunta que habría que responder es: ¿cómo integrar el pasado a la comprensión del presente haciendo a un lado las limitaciones que la relación mecánica de causa-efecto ha imprimido en el análisis histórico?

Para ello es necesario olvidar efectivamente la concepción de relaciones fijas y congeladas que han mediado la epistemología tradicional que buscaba "todas" las causas que influyen en los cambios territoriales, para ubicarnos en el campo de las "componentes de una situación", que nos refiere a "elementos de naturaleza sociológica con frecuencia distinta, que se combinan en relaciones siempre recíprocas pero variables en los *origenes*, en el desarrollo, en la maduración de dichas situaciones" [Vilar, 1992: 25].

Estas componentes se articulan en forma alterna y a veces imprecisa en los diferentes momentos del desarrollo social de una región. Esto influirá además en dar elementos de contexto que requiere el territorio para ser comprendido en su proceso particular. Por ejemplo, existen regiones que presentan poca concordancia con el resto de las del país en el comportamiento de sus ondas largas de crisis y depresión económicas [Ramírez, 1995]. Entender el territorio exclusivamente en el contexto de las coyunturas contemporáneas llevaría a aislar elementos de comportamiento particular de dicha región, sin que median algunas "componentes" de la historia de la sociedad y del territorio locales que influyeron en ella y que de múltiples maneras pueden conducir a la comprensión de las situaciones actuales.

El usar la categoría de momento como elemento clave para el análisis de procesos espaciales nos ubica en otra divergencia con el posmodernismo. Estudiar el aquí y el ahora de la diferencia territorial permitiría suponer que las regiones son estáticas y que sólo son elementos atemporales los que influyen en la caracterización actual de las situaciones y las coyunturas. Nada más alejado de la realidad cambiante que éstas presentan, en donde un sinnúmero de factores interactúan en un movimiento continuo, frecuentemente rítmico pero también coyuntural de relaciones cuantitativas y cualitativas que lo conforman [Vilar, 1992: 32].

Pero al mismo tiempo, este movimiento continuo que presenta momentos en su desarrollo puede fragmentarse al implantarse nuevas condicionantes en su desarrollo, que podrían articularse a nuevas relaciones sociales con las que antiguamente se implantaban en el territorio [Ramírez, 1995: 22]. En ese sentido, las fragmentaciones no son, como algunos posmodernistas argumentan, meras rupturas sin pasado sino formas nuevas en que el desarrollo y el cambio se implantan en territorios dados que es imprescindible comparar para comprender [Maravall, citado en Vilar, 1992: 14], pero en donde este pasado se articula en nuevas relaciones sociales, generando condiciones nuevas en la dinámica y evolución de los territorios. De acuerdo con este autor:

Sólo una historia comparada [...] es el instrumento adecuado para descubrir los procesos y poner a prueba los modelos, para distinguir entre las múltiples combinaciones entre "lo viejo" y "lo nuevo", lo que es promesa y lo que es amenaza [ibid.].

DEL ANÁLISIS DEL TEXTO AL DEL CONTEXTO

La era de la posmodernidad⁴ pone en tela de juicio la definición de la verdad y la realidad intentando interpretarla mediante los significados, la belleza o la cultura que representan; o bien mediante el discurso y el texto. Con ello se niega la existencia de contextos, es decir de los componentes que intervienen en la definición de las cosas (el territorio o la región) o los acontecimientos. Surge aquí nuevamente una pregunta importante: ¿el estudio del territorio, de las comunidades en sí mismas, de los discursos o los textos, justifica su análisis?; en otras palabras, ¿son los eventos en sí mismos los que determinan la realidad de los territorios de nuestro análisis? Si tomamos en cuenta la argumentación de Curry se percibe que, en efecto, pueden serlo:

En el posmodernismo, la categoría de lo real se ha expandido otra vez, y ciertamente se ha "desacreditado". Ahora no sólo los objetos y hechos, los eventos y los procesos pueden ser reales. Así

también lo pueden ser los actores, los contextos, los agentes, estructuras y, por supuesto, los lugares, el espacio y el tiempo. De hecho, ahora aun épocas pueden ser "reales" [Curry, 1991: 222].

Suponiendo que así fuera, lo que queremos reivindicar es la necesidad de la definición del contexto en el análisis territorial, argumentando que más que estar dado exclusivamente por la historia, como tradicionalmente se pensaba (puede ser hasta una época [Curry, 1991: 221]), en el análisis del territorio el contexto está dado por las condiciones y características del momento, en donde se insertan los hechos, las cosas, los discursos, los eventos y los procesos. Si los vemos desde este punto de vista, el contexto adquiere dinámica y movimiento, en la medida que en cada momento de una región dada se conjuntan diversos acontecimientos que definen las características que la distinguen de otras regiones.

Si el contexto se confunde con los metarrelatos y las leyes universales que no cambian, es acertada la crítica que el posmodernismo hace a las narrativas universales del mismo [Curry, 1991: 221]. Sin embargo habría que irse un poco más despacio para definir el contexto, en la medida que es un elemento clave para la comprensión de los procesos territoriales, utilizando algunos planteamientos de la lógica dialéctica para explicarlos.

En el estudio de las regiones o del territorio en general el contexto estaría dado entonces por el conjunto de condiciones que lo caracterizan o lo definen en un momento dado. Para llegar a esa definición, es necesario recurrir a los elementos que definen este concepto, que de acuerdo con Hegel está dado por un silogismo que conecta tres momentos: universalidad (U), particularidad (P) e individualidad (I) [Moseley, 1993: 30].

Sin embargo, dicha conexión no es mecánica ni causal, sino que para que realmente pueda definir las relaciones que existen entre ellas, cada una tiene que ocupar el lugar central de las interconexiones explicatorias; es decir, es necesario ver cómo se articulan, se mueven y se diferencian estos tres elementos en el estudio de un territorio dado.

En el caso de la geografía en general, y de los estudios territoriales en particular, el silogismo podría resolverse mediante su aplicación a lo que se ha llamado las escalas del territorio que lo define [Ramírez, 1989 y 1995]. Cada escala individual u objeto territorial individual tiene un contexto específico que es definido en función de cómo se combinan los elementos que la constituyen, su particularidad, en donde si entran los elementos de la historia que pueden explicar el hecho concreto que interesa – no toda su historia –, así como los elementos de su universalidad, es decir las definiciones del momento del capitalismo que están influyendo en ella, que pueden estar dados por la escala de los elementos nacionales o internacionales que influyen en la determinación de su dinámica. Estando de acuerdo con Peet cuando afirma sobre los *Grundrisse* de Marx que: "...las sociedades se desarrollan de múltiples maneras dependiendo de los contextos cambiantes de sus relaciones sociales; los conflictos sociales son las 'fuerzas motoras' que determinan dichos contextos" (Peet, s/f: 9, cursivas nuestras).

El acabar con los metarrelatos y las metateorías que nos daban verdades hechas y construidas de antemano no requiere de retomar la particularidad o la diferencia en sí misma, terminando con los contextos que sustentan la posición de un territorio en relación con otros. Para ello, el posmodernismo se caracteriza por su cautela con relación al contexto y es acompañada por un sentido de ironía contra él [Curry, 1991: 221]. Sin embargo, es necesario tomar en cuenta que como investigadores estamos trabajando e investigando en el contexto del modernismo, y nuestro trabajo está si no determinado, sí muy influido por él (*ibid.*).

El estudio de la ciudad de México, por ejemplo, no puede pasar por alto la situación general que priva en relación con la centralidad nacional, ni la importancia que tiene como eje articulador de la globalización contemporánea del país y que está redefiniendo su función territorial dentro de la nación y dentro del marco particular de su desarrollo como ciudad. Pero tampoco se puede llegar al estudio de un barrio o una colonia sin que ésta esté enmarcada en el papel que desempeña dentro de la diferencia interna que prevalece en esta metrópoli, y que

genera procesos específicos de desarrollo interno de su reproducción. El estudio de la ciudad incluye al de la colonia, pero al mismo tiempo lo niega porque no es igual; asimismo, el de la colonia requiere del marco conceptual de la ciudad, pero al particularizarse en su concreción específica lo niega como objeto mismo de estudio.

Desde esta perspectiva, no es necesario sustituir el contexto por el texto para llevarlo al discurso. Esto no niega que pueda haber un análisis serio de los discursos que ciertos grupos u organizaciones erigen como formas concretas de persuasión o introducción de cambios en el pensamiento de las sociedades con fines precisos, o bien de discursos emancipatorios de las sociedades que ocupan espacios determinados. Ésta sería una forma, y muy novedosa por cierto, de empezar a adentrarse en algunas diferencias territoriales entre grupos o regiones, pero no debería erigirse como el objeto que motiva el análisis de los territorios [Escobar, citado por Peet, s/f: 5], sino enmarcarse dentro de los procesos de homogeneización – diferenciación del territorio que define de múltiples maneras su discurso y su acción.

En el caso primero, las organizaciones, grupos políticos o de gobierno usan el discurso para insertar a ciertos grupos sociales de regiones específicas en una lógica productiva social o cultural intentando acortar las diferencias sociales entre los que se articulan en un mismo territorio. Para ello, más que un análisis de discurso, es importante un análisis de formas diferenciales de inserción a modelos productivos o culturales específicos, que dentro del marco del capitalismo existente tienden a homogeneizar, más que a diferenciar, pero contradictoriamente, su resultado es sin duda el de la diferencia [Ramírez, 1995: 220-262].

Es evidente que si consideramos los contextos cambiantes y con movimiento, éstos podrán originar diferentes discursos y a la inversa [Curry, 1991: 220], pero es igualmente evidente que ellos necesitan ser definidos dentro de ciertos momentos y circunstancias, es decir contextos, en los que se desarrollan, como parte misma del desarrollo mismo del proceso y no como una mera estructura que existe por debajo de la superficie como lo hace Dear [Curry, 1991: 222].

DE LOS SUJETOS A LOS AGENTES

La posmodernidad, en sus múltiples vertientes, postula la existencia de diferentes actores sociales como verdaderos sujetos caracterizados por sus relatos, testimonios o determinaciones locales [Robles, 1993: 12], a diferencia del sujeto de la modernidad, hombre del cual se postulaba la posibilidad de que lograra ser de otra manera y al cual se le da fin en la época contemporánea. Este planteamiento genérico tiene dos repercusiones importantes en el desarrollo teórico metodológico del aspecto territorial sobre el cual es necesario reflexionar.

Si volvemos a la necesidad de ubicarnos en el capitalismo y no en el posmodernismo como afirmamos anteriormente, es necesario retomar la teoría que lo estudia con el fin de adentrarnos en posiciones que reubiquen el estado del arte en esta materia. Para Marx, el sujeto real de la sociedad es el capital y no el hombre, el cual aparece en los juicios como predicados (es decir como lo que se dice del sujeto capital) y determinados por el primero [Robles, 1993: 8]. Con esto se niega exclusivamente su calidad de sujeto activo en las acciones y no su calidad de hombre ligado con el sujeto motor de los cambios contemporáneos, es decir, con el capital.

De acuerdo con estos postulados, la historia del hombre, que puede ser pensada no como un proceso de constitución lineal del hombre-sujeto, argumentaría que éste sólo llegaría a serlo en el socialismo y no en el capitalismo [ibid.: 9]. El hombre en la actualidad, es decir en el capitalismo, es [hombre] sólo mediante sus atributos, es decir: ciudadano, siervo, esclavo, obrero, etcétera. [ibid.:].

Este planteamiento tiene una repercusión importante en el sentido territorial. Si fuese cierto que el hombre es sujeto, sería él, en su individualidad de género, el motor activo del cambio territorial, y no como atributo (predicado) del verdadero sujeto que es el capital. Es indudable que el territorio no se cambia a través de sujetos individuales, sino a partir de la forma como las determinaciones del verdadero capital lo apropian, transforman o usan; la posición que guardan los hombres — obreros, campesinos, comerciantes, colonos— y mujeres en ese proceso, define la posición hombre-mujer en cuanto a su relación con el motor sujeto de la sociedad capitalista.

Es decir, es mediante la atomización del capital en sus múltiples facetas: industrial, comercial, agrícola, inmobiliario, financiero, etc. [ibid.: 10], y la posición que guarda el hombre frente a dicho sujeto obrero, campesino, jornalero, mujer obrera, colono, etc., como se establecerán las fuerzas motoras que determinan el contexto de las relaciones de producción cambiantes y además individuales en una sociedad particular contemporánea.

Desde esta perspectiva, al hablar el posmodernismo de los sujetos asume que es él, en su individualidad, el motor de la acción social, como si individualmente también se pudiera ser en su historia y en su transformación contemporáneas [ibid.: 8], o en la sociedad que en el futuro se adopte. El ubicarse en el capitalismo remite nuevamente al uso ya no de clases sociales en general, sino de la particularidad de formas que el hombre-mujer adopta en el capitalismo y la posición que guardan frente a las relaciones sociales que éste genera.

Una segunda dificultad teórico-metodológica importante para el análisis territorial surge en el posmodernismo como resultado de esta concepción individualista de los sujetos sociales: el Estado en su individualidad se convierte también en sujeto de las acciones de poder. De esta manera, el poder ha sido reconceptualizado; Berg lo percibe de la manera siguiente:

El poder ha sido reconceptualizado como si existiera en todas partes, inscrito en todas las relaciones sociales. El foco, sin embargo, ha estado en el dónde y cómo la dominación existe, cómo se mantiene y cómo (si se puede) puede ser pasada por alto; pero quizá lo más importante es que los discursos posmodernos han desviado la mirada de la academia sobre sí mismos [Berg, 1993: 497].

Aparecen entonces dos problemas en esta forma de ver las situaciones del Estado: el análisis del poder y de las instituciones con él ligadas se aborda a partir de sus discursos y no de las relaciones sociales que se institucionalizan y cambian, es decir de las diferencias de discursos entre las instituciones y los individuos [Peet, s/f]; o bien a partir de considerar a los individuos como iguales que intercambian mercancías, culturas o productos directos o indirectos sobre la base de equivalentes [Robles, 1993: 13] y en donde el Estado media entre

iguales las relaciones sociales que desde el principio son entre diferentes. Con ello se elimina de la escena del trabajo la confrontación y la diferencia que existe entre las clases y que está determinada por su acceso o no a los procesos productivos o culturales.

Desaparece así el análisis del Estado como agente modificador del territorio, como Estado derivado del capital [Mathias y Salama, 1983] para ubicarlo en el estudio de las diversas instituciones que inciden en el cambio territorial que se genera por la acción estatal, o bien el simple análisis de la gestión que éste realiza entre los grupos sociales y que inciden en manifestaciones territoriales concretas. De esta manera se le equipara a cualquier agente (o sujeto usando la categoría posmoderna), que en sí mismo transforma o readequa la realidad social y territorial existente.

El análisis político, desde esta perspectiva, se centra en las formas de control social sobre las instituciones [Peet, s/f: 9], que eliminan del espectro la comprensión de las movilizaciones sociales como respuestas de clase ante situaciones concretas de respuesta a las acciones del capital, así como las diversas formas que el Estado adopta como soporte para la reproducción directa o indirecta del capital.

HACIA UN ANÁLISIS DE LA DIFERENCIA

Coincidimos con las posturas contemporáneas que centran su atención en el análisis regional a partir de las diferencias. Sin embargo, consideramos que no es mediante nuevas metodologías, como la posmodernista, como se logrará llegar a una nueva alternativa para el análisis de los procesos regionales.

No es mediante el estudio de las diferencias en sí mismas, como contrarios a la homogeneidad o igualdad, como podemos entenderlas, sino de una diferencia que es parte de un proceso contradictorio y dialéctico de reproducción de la sociedad, que en la actualidad está regida todavía por el capitalismo, que tiende a conformar sociedades y territorios homogéneos (es decir iguales), pero que al partir de condiciones de acceso diferentes a los recursos naturales, económicos, políticos y culturales, resulta en una tendencia igual a la diferencia.

El análisis de las diferencias en sí mismas llevan a estudios sin contexto y sin proceso [Lyotard, 1983] que pueden caer en conclusiones parciales sobre la realidad misma que prevalece en el territorio. Es más, vistas las diferencias de esta manera, pueden constituirse ellas mismas en un metarrelato o en una verdad absoluta que tanto la posmodernidad crítica de la modernidad y en donde vuelve a convertirse también en una generalidad en el sentido de constituirse como "el único" elemento válido para incursionar en el análisis de las regiones.

Desde esta perspectiva la oposición entre modernidad y posmodernidad ubica el estudio de la diferencia en un marco de referencia erróneo, en un postulado falso que es necesario abandonar. Por lo tanto existe la necesidad de volver a la comprensión de los procesos que en el capitalismo (quizá tardío) se desarrollan, para reubicar los cauces por los que se desarrollan los procesos contemporáneos.

Es importante, desde luego, el análisis de los discursos, de los sujetos desde algunas perspectivas y de las diferencias, como parte integrante de la evolución que tienen las regiones. Sin embargo, esta nueva adopción de "nuevas categorías" para el análisis de la "primacía espacial" se hace como una forma de elevar un concepto de lugar o de local como sinónimo de lo particular, con una gran ambigüedad, e intentando reescribir la historia de los estudios territoriales y geográficos sin que medie una comprensión de los avances que éstos han tenido entre geógrafos, economistas, urbanistas y sociólogos.

Efectivamente, el lugar es cultura y puede ser posmodernidad. Pero al mismo tiempo, y contradictoriamente, puede ser muchas más cosas. Relaciones de producción cambiantes que se insertan en los territorios bajo nuevas formas de ver la industrialización o la terciarización de la economía; formas culturales que se articulan con las anteriores y que adquieren nuevas dimensiones dentro del capitalismo contemporáneo; nuevos discursos del Estado, como el neoliberal, que tiende a buscar nuevos albores para la economía estancada; formas alternas de organización de la población con fines de crear modelos alternos a los impuestos por la modernidad, etcétera.

Sin embargo, no son ellas en sí mismas las que explican la forma como se insertan en el mundo dinámico, cambiante y diferente que vivimos en la actualidad. Es necesario por lo

tanto darle el lugar a la particularidad que requiere en las regiones que son objeto de diferenciación, pero al mismo tiempo no olvidar que aun en tiempos posmodernos, el hombre sigue viviendo en un mundo social en donde existen múltiples determinaciones que se ubican en el marco de la globalidad y que a pesar de la escala en donde se desarrollen tienen incidencia directa en los cambios y transformaciones que el territorio sufre en el actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Berg, Lawrence D. [1993], "Between Modernisms and Postmodernism", en *Progress in Human Geography*, vol. 17, núm. 4, pp. 490-506.
- Bird, James [1993], *The Changing Word of Geography*, Londres, Clarendon Press.
- Cloke, Paul, Chris Philo y David Sadler [1991], *Approaching Human Geography. An approach to contemporary theoretical debates*, Nueva York y Londres, The Guilford Press.
- Curry, Michel R. [1991], "Postmodernism, Language, and the Strains of Modernism", en *Annals of American Geographers*, núm. 81(2), pp. 210-228.
- Harvey, David [1989], *The condition of Postmodernity*, Oxford, Basil Blackwell.
- [1992], "El capitalismo: la fábrica de la fragmentación", en *Vuelta*, México, núm. 190, septiembre, pp. 23-25.
- Inwood, Michel [1992], *A Hegel Dictionary*, Blackwell Press.
- Jameson, Frederic [1984], "Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism", en *New Left Review*, núm. 146, pp. 53-92.
- Lyotard, Jean-François [1991], *La posmodernidad*, México, 3a. reimpresión.
- [1991], *La diferencia*, Barcelona, Gedisa, 2a. edición.
- Mathias Gilberto y Pierre Salama [1983], *El Estado sobredesarrollado. De las metrópolis al Tercer Mundo*, México, Era.
- Moseley, Fred [1993], *Marx's Method in Capital*, New Jersey, Humanities Press.
- Peet, Richard [s/f], Social Theory, Postmodernism and the critique of Development, mimeo.
- y Michael Watts, "Introduction: Development theory and Environmental in Analysis Age of Market Triumphalism", en *Economic Geography*.

- Ramírez Velázquez, Blanca Rebeca, [1991] (comp.) *Nuevas tendencias en el análisis regional*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- [1995], *La región en su diferencia. Los Valles Centrales de Querétaro, 1940-1990*, México, Editorial de la Red Nacional de Investigación Urbana, Universidad Autónoma de Querétaro, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Robles, Mario [1993], "Marx, neoliberalismo y posmodernismo: algunas reflexiones sobre el sujeto en el capitalismo", en *Metrópolis*, Órgano de Difusión de la Facultad de Planeación Urbana y Regional y del Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados en Planeación Territorial, Toluca, México, año 1, núm. 2, mayo-agosto.
- Soja, Edward W. [1993], *Postmodern Geographies*, Londres, Verso, 3a. reimpresión.
- Vilar, Pierre [1992], *Pensar la Historia*, México, Instituto Mora, Cuadernos Secuencia.